

Nice Lotus vuelve a cantar

Por PEDRO MIGUEL FUENTES S. J.

DESPUÉS de varios años Luis Gorosito Heredia (Nice Lotus) (1) vuelve a cantar o, lo que es lo mismo, vuelve a ser.

El silencio de un poeta siempre es un misterio más misterioso que su mismo canto. Porque si el ser de todo poeta es cantar, su silencio es su no ser.

Sólo quien posea la experiencia de creación poética podrá medir la angustia de quien siéndolo ha ahogado su palabra. Enmudecer es para el poeta traicionar su vocación, incluso poner en riesgo la salvación. No se trata de una afirmación más o menos sentimental. El poeta está puesto sobre la tierra para revelar el sentido total de las cosas, para acelerar su parusía definitiva. Un poema, como diría Claudel, *"no es como un saco de palabras"*, no es sólo aquello que significa; es un signo, un acto imaginario que crea el tiempo necesario para su resolución".

"...Estamos tal vez aquí para decir: casa, puente, manantial, puerta, jarra, frutal, ventana; o a lo sumo: columna, torre... para decir, enténdelo, decir, oh, de un modo que las

cosas mismas interiormente nunca creyeron ser..." (Rilke, "Novena Elegía").

¿Nos atreveríamos a afirmar que el H₂O del químico encierra con mayor justeza la esencia del agua de lo que lo hace la simple mirada del hombre que, posada en su limpidez, extrae de ella símbolos de su vida y de su muerte, de su muerte y su resurrección?

No es la palabra "clara" del científico la más exacta ni mucho menos la más pletórica. ¿Cuándo se ha dicho que Dios puso al hombre sobre la tierra para que penetrase su realidad con la sola partícula de la inteligencia técnica? Esquemmatizar, sintetizar en fórmulas, no es siempre sinónimo de realidad, y por lo general sólo señala a una inteligencia que huye de la reflexión. Usamos tanto la moneda de nuestra palabra que terminamos por borrar totalmente la imagen estampada en ella. La palabra deviene así más ágil, pero a costa de perder su expresión de la totalidad humana y cósmica. Es el poeta principalmente el encargado de devolver a la palabra su sentido, para que ella, a su vez, devuelva su sentido al universo: *"Tú no explicas nada, oh poeta, pero por tí las cosas devienen explicables"* (Claudel, "La Ville").

(1) "Pájaro Ciego", Luis GOROSITO HEREDIA, Cuadernos de la Brújula. Bs. As.

Por supuesto que aquí, como en todo, cabe la pseudo palabra, la palabra de quien sin ser poeta se cree tal y profana al universo. El sacrilegio poético existe desde el momento en que un hombre no llamado ejerce esa función sacra y se acopla audazmente a Dios en ese llamar a las cosas por su nombre que es el acto creador.

*
* *
*

Gorosito Heredia fue poeta desde siempre y sigue siéndolo en la actualidad. Si alguna vez calló fue quizás por no traicionar esta vocación. No voy a afirmar que todo en su *"Pájaro ciego"* pertenezca a lo que se ha dado en llamar "gran poesía", pero sí que todo en él es poesía, y eso basta.

Los poemas con temática directamente religiosa se resienten de cierto "funcionalismo" o formulismo obligado; tales sus "Dolores de la Virgen", "Comunión", "Oficio de tinieblas", etc. Incluso su "Misterio de Resurrección", tan rico en contenido teológico paulino, no posee el vuelo que el tema exigiría.

En cambio los poemas directamente personales —quizás autobiografía camuflada— son, por el mismo hecho de su intimidad, profundamente líricos y religiosos. Con la religiosidad más auténtica, que es esa que brota de la experiencia personal de un alma en su doloroso itinerario hacia Dios. En ellos reaparece intacto el Nice Lotus exquisito, culto, brillante en su soneto musical y en su luminosa imagen. No un Nice Lotus que expone teología sino un hombre que va aprendiendo a descubrir, en la ceguera voluntaria de la Fe, los meandros del amor divino. No en vano el libro se llama *"Pájaro Ciego"*. Sabemos lo que significa eso y no nos sorprende en lo más mínimo el sabor melancólico que nos dejan sus versos. Melancolía de quien regresa a tientas, temeroso, como ave herida prematuramente, porque prematuramente abandonó su nido. Todos sabemos de eso. No interesan tanto las leguas de distanciamiento sino el hecho de haberse

arrancado alguna vez del calor hogareño. Difícilmente se de una auténtica experiencia de vida cristiana que no pueda repetir con él:

*"¡Tanto tiempo perdido en vano vuelo,
pájaro audaz, huyendo a ras del suelo!
Al fin regresas, pero mal herido.
Tarde hallarás la rama de tu cielo.
Si eras pichón, ¿por qué dejaste el nido?
¿Que te dio, pues, la rosa sin sentido
más que estupor y espanto, fuego y hielo?
¡Cuánto dolor y cuánto amor perdido!"*
(*"Pájaro Ciego"*, pág. 7).

El camino del alejamiento es duro y no lo es menos el del regreso, sobre todo porque es un itinerario a recorrer en soledad:

*"Por este caminito
no pasa nadie.
Nadie después de mí,
ni mucho menos antes".*
(*"Por este caminito..."*, pág. 38)

En tales peregrinaciones la tentación más fuerte es la de desesperación. Yo la entreveo en el grito estoico de Antonio Machado:

*"Caminante, no hay camino;
se hace camino al andar".*

Es esa sensación de sentirse "pionero" único en una aventura que sobrealhoga las propias fuerzas. Se corre el riesgo de creer que todo ha quedado librado a la capacidad personal; que esa geografía por la que deambula la existencia es un mosaico desprendido caprichosamente del azar. Cada vida se convierte así en barco a la deriva en medio de un océano virgen a toda previsión. En último término es la tentación de orfandad que acecha al hombre cuando olvida que el Padre Celestial cuida de las aves del cielo y de los lirios del campo.

El hombre "hace camino al andar", es cierto, pero únicamente en cuanto que por esa ruta sólo él está llamado a transitar. El camino lo ha trazado de antemano el amor de Dios. Como dice Gorosito Heredia:

*"Cuando yo nací
Dios lo tomó del aire"*

*y lo tendió a mis pies. Para mi solo
mi demonio y mi ángel".*

(página 38).

Apartarse del camino no es abrir otra ruta; es simplemente arrojarse al precipicio y estancarse en la nada diabólica; definitivamente si nuestros pies andariegos marcaban en ese instante su último paso.

Tener conciencia de todo esto; creer en el amor de Dios, no involucra pasaporte de evasión frente al combate de la vida. Significa vivir en la tensión espantosa que condicionan el bien presente y su antagónico esperado; y todo ello dentro de la propia existencia, dentro de un mismo "yo"

*"quiero precipitarme al precipicio
de mi interior, sin luz, aire ni fruto,
donde anima un demonio diminuto
charco y raíz del yo, crecido en vicio.
¡Oh, salirme de mí, salir de quicio,
limpio y alegre sin señal de luto,
por un aire dorado y absoluto
que es hacia arriba un nuevo precipicio!"*

(II. "Los abismos", pág. 13).

Magnífica expresión de la tensión religiosa. No sólo hacia abajo se abre el precipicio; también en el impulso ascensional asoma el abismo, y un abismo más aterrador por ser infinito. Si no fuera así, nuestro corazón no oscilaría tan indeciso y tan frecuentemente. Si no fuera así, no se daría esa tristeza tan honda en medio de la esperanza más firme:

*"Madre Venus, signada de tristeza,
como el talento, como la belleza,
efluvio tuyo que en redor se espacia
como este corazón aventurero
indeciso entre el charco y el venero
que bebe siempre y que jamás se sacia!"*

("Sandro Botticelli", pág. 9).

Es en medio de esa tristeza donde el hombre debe buscar a Dios. No en la certeza luminosa de la visión, sino en la semipenumbra cotidiana y nostálgica de la Fe:

*"Saben que allí donde no soy el centro
vive otro Dios con el que estoy marcado,
cerca y lejos de mí, tristeza adentro".*

("Los dioses", pág. 12).

Caminar "tristeza adentro", es difícil porque siempre es aterrador para el corazón caminar a oscuras, sabiendo que en el término de todo camino humano espera una cruz, "irrecusable compañera" del hombre.

*"Hay una cruz vacía que me espera,
una cruz que me espera todavía
con su espantoso abrazo de madera:
nadie la ocupará porque es la mía".
Yo amé cruces de carnes voluptuosas,
les dí mis pies, mi corazón, mis manos,
y las cubrí de sedas y de rosas...
¡Qué angustiosos esfuerzos y qué vanos!
Porque no eran mi cruz desnuda y fría,
desnuda e irrecusable compañera.
¡Ay, esa cruz yo sé quién me la envía,
esa gran cruz sin dueño que me espera!*

("La Cruz vacía", pág. 26).

Aceptar esa tosca y helada cruz es decidirse por la oscuridad del precipicio ascensional; es optar por Dios en una elección dolorosa, imposible de realizar sin una esperanza que trascienda la misma esperanza y sin un amor capaz de sobrepasar todos los amores.

Nice Lotus (el padre Gorosito Here-dia) ha realizado, a través del itinerario lírico que es su vida, esa experiencia cristiana de la entrega en confianza. Y lo que en "Sonetos de la séptima Soledad" era un prenuncio: "Y ya traspuesta la difícil loma / el hijo de tus lágrimas regresa"... adquiere aquí todo el sentido de una radiante epifanía:

*Apagad todas las luces
y abrid todas las puertas.
Voy a salir en procesión cantando,
llevando a Dios -todo el amor- a cuestras".*

("La visita", pág. 33).

No interesa su camino concreto. Fue simplemente su camino, ese camino único para cada hombre y que una vez transitado:

*"Un ángel acude
con postes y alambres
y un letrero que dice:
"Clausurado: no pasa nadie".*

("Por este caminito", pág. 39).

Tampoco importa si:

*"Le costó mucho a Dios
sacarme adelante.*

*Un reguero de versos
y otro reguero de sangre..."*

(Ibidem).

Nada de eso interesa. Lo importante es que el camino lo trazó Dios —ningún atajo escapó a su Providencia— y en el trayecto Dios se jugó por su hombre y, en la recta final, Dios esperó al hombre. Lo que importa es que "el pájaro ciego" si cegó fue por su amor, y en el término y principio de todo amor está Dios buscado y está Dios en espera.

Difícilmente se puede uno lanzar por cualquiera de los dos "precipicios" —el de abajo o el que va hacia arriba— con los

dos ojos intactos. Lanzarse a un abismo es algo tan tremendo, tan riesgoso que sólo arrancándose las pupilas el hombre es capaz de dar el salto.

Lanzarse, sobre todo, al abismo del infinito amor, es un salto mortal en el que el cálculo de la mirada terrena sólo sirve de obstáculo. Hay que arrancar los ojos para poder ver en la fe, hay que cortar los brazos de las seguridades, para volar en alas de la esperanza, y hay que decidirse a perder amores para llegar al Amor.

*"Tiéndete, pues, tus alas apresura,
que si en el valle acecha la negrura,
en la cúpula azul siempre es de día.
¡Flauta de Dios, color arrodillado,
ay, cómo cantarás, cuando has cegado
por el amor y por su melodía".*

("Pájaro ciego", pág. 7).